

el carácter situacional de la moral

ANÁLISIS FENOMENOLÓGICO DE UNA EXPERIENCIA REAL

LA DOBLE PARADOJA DEL HOMBRE

Eres un hombre y esto constituye tu dignidad; yo también lo soy y con dignidad quisiera entablar este diálogo. Al tratarte de "tú" te considero hermano y al hacer contigo estas reflexiones soy optimista: ¡creo en la sinceridad fundamental del hombre! Creo en tu capacidad de renacer. Creo, sobre todo, en la ayuda incondicional de ese Dios que es a la vez Padre Omnipotente y creo en la presencia eficaz y fraterna de Cristo. Creo en tu inteligencia de hombre y creo en la fuerza transformadora de la Encarnación. Creo en la Alianza eterna de Dios con la humanidad que progresa.

Eres un hombre en busca de salvación, la liberación fundamental de tu "yo" oprimido en un mundo de paradojas y contrastes. Eres un ser racional, "echado" en la existencia, capaz de reflexionar, de torturarte en tu soledad, capaz de hacer preguntas y de exigir respuestas absolutas. Lleno de *paradojas* en tí mismo, te debates entre fuerzas contrarias radicadas en tu mismo ser y ante las que no pocas veces te sientes impotente. A mí me ocurre igual. Adviertes en tí los signos de la contingencia, de la finitud y te encuentras angustiosamente aprisionado entre las penosas coordenadas del espacio y del tiempo. ¿No es verdad que tu misma libertad, esa realidad, signo tan querido de nuestro tiempo, se ve limitada y con frecuencia destruída por numerosos condicionamientos, unos ajenos a tí y otros fundamentados en tu mismo "yo"? Te das cuenta que los factores económicos, políticos, ancestrales, psicológicos, históricos juegan un importante papel en los movimientos de tu voluntad libre. Con frecuencia no quieres el mal que haces y deseas el bien que no puedes realizar. La amenaza del mal, del dolor y de la muerte, provocan alguna vez en tí un sentimiento que, en el mejor de los casos, sabe de paciente y sufrida resignación ante una fuerza exógena y monstruosa. El escándalo metafísico de la presencia del mal cósmico te aplasta y son

no pocos, los hermanos que desembocan en el credo sartriano del absurdo.

Este es un aspecto del hombre que no debemos olvidar. Es importante que aceptemos este *primer polo de la doble paradoja* que somos tú y yo.

EL OTRO POLO DE LA PARADOJA

Esta lucha secular y encarnecida que tiene como meta nuestra liberación, ha de tener un fundamento aún por descubrir que es precisamente *el otro polo de la paradoja*.

Se trata de todas esas realidades profundas, existenciales también, marcadas con el sello de lo inquieto, de lo infinito, de lo trascendente, que nos dan en el fondo esa lejana pero cierta esperanza de liberación. Muy pocos hombres habrá que hayan saboreado tan a fondo la limitación humana como un auténtico "hippi" de los que pasan las noches arracimados en las plazas de las grandes capitales europeas. Pues bien, muy pocos hombres habrá también que alimenten una esperanza tan cierta como la que anima al verdadero "hippi". Son realidades que se esconden en el mismo fondo endotímico del hombre, situadas con frecuencia por debajo del nivel de lo temático, de lo reflejo y que desde allí gritan: ¡esperanza, libertad! Yo lo siento así y es posible que a tí te ocurra lo mismo: el entendimiento insatisfecho tarde o temprano ante las pequeñas verdades de cada día, siempre con deseos insaciables de más; se diría que tiene pretensiones de verdad total, final, absoluta. La voluntad siempre inquieta ante las grandes cimas porque, al alcanzarlas, nos parecen ya pequeñas; hemos apenas alcanzado la Luna y ya pensamos en Marte, para una vez en él seguir anhelando completar la semana espacial... Comprendo que no captes separadamente el cosquilleo de estas dos facultades, creo que no tengan un ser y una ubicación propios; ésto es indiferente si captamos esta efervescencia a nivel de la persona total. Hay movimiento, aunque no sepamos de dónde proviene. ¿Cómo explicar, si no, el creciente progresar de los hombres?, ¿y el dinamismo vertiginoso de la vida hacia lo más verdadero, hacia lo mejor y más alto? La inquietud adical ante lo finito en cuanto tal, es fruto de un sincero autoanálisis de la persona. El hombre no se sacia ante los valores que están situados por debajo del horizonte del VALER.

Sientes en el fondo la llamada de la autenticidad, a ser lo que en realidad quieres y crees ser, a superar tus condicionamientos, a obtener la liberación y la afirmación sincera de tu Yo. El concepto de "*autenticidad*" se cuenta también entre los conceptos paradójicamente no conceptualizables; pero lo adviertes en el estrato más profundo de tu ser.

El problema metafísico y la toma de conciencia de nuestra *paradoja*, surge en la realidad personal en razón de la autenticidad que el hombre siente necesidad de buscar. Autenticidad que brota en y desde un centro finito, limitado y lleno de condicionamientos. Autenticidad que puede resumirse en la expresión "*liberación*", para desde tí y por tí mismo realizar tu esencia humano-personal.

Este deseo de autenticidad es una verdadera llamada, *una vocación, un existencial*. Pero una vocación que quien la hace es el más profundo Yo que llevamos dentro, el único Yo que, al no realizarse como tal, crea en nosotros esa división profunda que los psiquiatras llaman *esquizofrenia* y los moralistas, en un orden distinto, *pecado*. "Siento a veces en mi interior la lucha de un 'algo' que se enfrenta con mi 'alguien' y amenaza destruirme", me decía una vez un "hippy".

De este análisis fenomenológico y existencial realizado a nivel de la persona que somos tú y yo, surgen netamente diferenciados y al mismo tiempo estrechamente vinculados *los dos extremos de la paradoja humana*: impotencia y limitación por una parte, y por otra, ese deseo, esa inquietud radical de superación, de infinito. Hemos concluido también, en fase de análisis, que esa *vocación* a la liberación, a la autenticidad, surge de lo más profundo, de lo más íntimo del ser humano, y se impone con carácter imperativo. Los desgarres psicológicos internos, las escisiones profundas de la personalidad, los sentimientos de desoír la voz de la autenticidad: "soy infiel a mí misma y por eso estoy muriendo viva", así traducían en palabras su experiencia interna una muchacha de 23 años. ¿Te parece que llamemos a esta clase de muerte "muerte inminente, muerte endógena"? Pero el hombre es tanto más hombre, cuanto más siente el imperativo de la autenticidad y cuanto más vuelve a sí mismo para ser él mismo. De hecho la fase de interiorización y autoanálisis continuo que nos ha traído la irrupción de las últimas generaciones prueban que el hombre se abre cada vez más ante la vocación fundamental: *su autenticidad*. Lo auténtico ha pasado a ser "*signo de nuestro tiempo*". ¡Hay motivos suficientes para ser optimistas!

A esta altura de nuestra reflexión surge una pregunta: ¿Es sólo mi yo profundo lo que me llama a salir de la inautenticidad? ¿No se me llama, en todo caso, a ser algo más que yo mismo? Volviendo a la paradoja inicial: ¿no sería caer en un círculo vicioso si esa voz de la autenticidad se identificara con mi yo profundo, finito y limitado? Entre esos dos extremos polares de la paradoja: ¿cuál de ellos es el auténticamente mío? ¿Te parece que pueda ser sólo tu Yo profundo lo que te empuje al amor sin intereses, al amor que alguien llamó "radicalmente inquieto por lo más", cuya fuerza llega con frecuencia al extremo de la autodestrucción personal por la muerte en aras de otro Yo? ¿Me he preguntado varias veces de dónde la fuerza autodestructiva de un Jean Palach... y ¿fue de verdad autodestructiva? Y si la muerte en aras del amor no destruye el Yo, ¿cuál es su nueva vida, cómo sigue amando? El carácter infinito de mis potencias radicadas en un ser finito no se pueden explicar recurriendo al profundo del ser, porque ¡también allí soy finito! Como ves, estamos situados de forma dramática ante un profundo interrogante humano: soy contingente y condicionado en mi humanidad personal, mi esencia es la humanidad finita. Me siento necesitado de los demás seres que comparten mi naturaleza, siento hacia ellos una atracción, una apertura que puede llegar a llamarse *amor*. Pero, ¿es la humanidad la que me llama?, ¿me siento llamar desde mi interior? y si fuera así, ¿puedo resignarme a pensar en "*algo*" que me llama y que se impone a mi "*alguien*"? ¿Por qué esta inquietud ante todo lo finito, este dinamismo sin tregua que no se agota ni ante la apertura misma ante el otro?

ILUMINACION RELIGIOSA DE LA PARADOJA DEL HOMBRE

Llegados a este punto de nuestra reflexión y acuciados por este interrogante que raya en el campo de lo desconocido, de lo misterioso, nos interesa seguir profundizando, seguir buscando y, si queremos ser justos e imparciales, no podemos quedar indiferentes ante el contenido *salvífico* y *liberador* encerrado en las páginas de ese libro tan debatido que es la BIBLIA. En ella te encuentras con un pueblo que, por los mismos pasos que estamos siguiendo en este estudio, a través de un análisis de la propia experiencia real, ha llegado a una conclusión que, ni siquiera desde el punto de vista meramente antropológico, es razonable pasar por alto.

La afirmación de la intervención de un Ser trascendente, infinito y absoluto, en la historia personal del hombre, debida únicamente a su decisión libre, caracteriza el mensaje bíblico. Se trata de la historia de un pueblo, Israel, que llegó precisamente *a través de la doble paradoja del hombre* al planteamiento y solución de este supremo interrogante. Te bastará una lectura atenta de esta gran epopeya religiosa, para observar que pasaron siglos y siglos de experiencia humana enraizada en la paradoja, antes de que los hombres de Israel llegaran a dar el salto trascendental a Dios, como explicación adecuada de esta situación paradójica. La idea de Dios no fue clara desde un principio; sus propiedades y sus atributos se presentan en la Biblia como objeto de la revelación del mismo Dios y como esforzadas adquisiciones por parte de Israel. Dios se va iluminando a medida que avanzas en la lectura de la Sagrada Escritura: desde el Génesis y el entero grupo de los libros históricos, pasando por los dos libros de los Macabeos, Job, los Salmos, los escritos sapienciales, los Profetas, hasta llegar a la concepción teológica de los autores neotestamentarios, en especial Juan y Pablo, ha ocurrido un fenómeno de incalculable duración, que podíamos llamar “desmitologización y personalización del Dios abstracto inasequible”. La experiencia personal que en forma de teoría filosófico-histórica presentó en el siglo pasado Auguste Comte, me parece exactamente contraria a la que, en una lectura crítica y sincera, podemos observar en la Biblia. La teoría de Comte ya te es conocida. Dios, en sus presupuestos filosófico-históricos, va perdiendo consistencia, pasando de un estadio mitológico a otro metafísico para desembocar en el actual estadio positivo. Dios, que al principio era la explicación forzosa de la paradoja del hombre, impotente ante los fenómenos naturales, un Dios presentado en lenguaje mitológico como la manifestación de una potencia bruta y que se conceptualiza en el segundo estadio metafísico, deja de ocupar el centro en la explosión positiva de la era tecnológica actual. En la Biblia no ocurre así. Los elementos mitológicos y en todo caso antropomórficos presentes en las dos narraciones P-Y (Sacerdotal-Yahvista) de la creación en el Génesis (cc. 1,26 y 2,4 b) se van purificando lentamente a medida que progresa la Revelación “que tomada en su totalidad —así se expresa el P. René Latourelle s.j. (1) como fenómeno complejo que incluye multiplicidad de formas y medios, se presenta sobre todo como experiencia de la acción de una potencia soberana que modifica el curso normal de la historia y de la existencia individual. Esta acción, sin embargo —continúa el autor— no es una manifestación bruta de potencia,

porque en todas partes las palabras la encuadran o informan: esta potencia dialoga, anuncia, explica, manifiesta un designio. Dios no habla a la masa (amorfa), sino que escoge primeramente un pueblo, y, dentro de él, intermediarios que transmitirán su palabra y en su nombre pedirán un respuesta". Sin salir del ámbito del Antiguo Testamento es muy interesante observar la desmitologización y por tanto la personalización realizada por profetas como Amós, Oseas, Jeremías, Ezequiel e Isaías. A título de ejemplos quiero ofrecerte estos pasajes proféticos:

"¿Cómo voy a contarte entre mis hijos y a darte un país de delicias, la heredad más preciosa de las naciones? Pensaba yo: Me llamarás 'Mi padre', y ya no te alejarás de mí. Mas como una mujer que traicionaba al hombre que la ama, así me ha traicionado a mí la casa de Israel - dice Yavhéh" (Jer. 3,19).

"Pero ahora, así habla Yavhéh, tu creador, Jacob, aquel que te ha plasmado, Israel: No temas, pues yo te he redimido, te he llamado por tu nombre, mío eres.

Si pasas por las aguas, Yo estaré contigo,
si por ríos, no te ahogarás.

Si caminas por el fuego, no te quemarás,
y las llamas no te abrasarán.

Porque Yo soy Yahvéh, tu Dios, el Santo de Israel, tu Salvador..."
(Is. 43, 1-3).

La progresiva personalización de Dios es clara en el Antiguo Testamento. En la Nueva Alianza, cuando Dios se hizo hombre, el proceso de personalización tocó su culmen; Cristo nos reveló por fin el atributo más formidable de Dios: *su Paternidad*.

Los israelitas palparon muy de cerca su contingencia, su miseria de pueblo nómada, y ante las maravillas que surgían, no obstante la paradoja, se asustaron. Así es frecuente encontrar exclamaciones profundas que son en la boca de este pueblo un grito de hallazgo, un "eureka":

"Entonces Moisés y los hijos de Israel cantaron este cántico a Yahvéh...: Mi fortaleza y mi canción es Yahvé. *El es mi salvación*. El, mi Dios, yo le glorifico, el Dios de mis Padres, a quien exalto"
(Ex. 15, 2).

Esta intervención de Yahvéh se concibe como *encuentro*, sea en un significado de "hallazgo" ("eureka"), sea como *intercomunicación* de una persona con otra que se haya deseado, sin saberlo, durante siglos: encuentro de Alguien que habla con alguien que escucha y responde. Dios, tomando la iniciativa, se dirige al hombre y le interpela, se le hace presente y así Israel puede pronunciar gozoso su "eureka". Y a medida que, con el progresar de la revelación divina y la madurez religiosa del hombre, este encuentro se *personaliza*, el hombre descubre su problema, resuelve su interrogante, se explica, por fin, *su paradoja*. El misterio queda revelado. Por éso, al contenido de esta comunicación interpersonal le llamamos con derecho *Revelación*.

Israel fue comprendiendo poco a poco, que su situación metafísicamente necesitada, su impotencia, sus vejaciones, la limitación que implicaba su devenir, en fin, su condición creatural, había hecho posible en Dios su decisión eterna de salvarlo, de *liberarlo*. El amor, como motor supremo, empezaba a ser aplicado a Yahvéh. El Exodo narra cómo Yahvéh se apareció a Moisés en el monte Oreb:

“Dijo Yahvéh: bien vista tengo la aflicción de mi pueblo en Egipto, y he escuchado el clamor que le arrancan sus capataces; pues ya conozco sus sufrimientos. He bajado para liberarle... Así, pues, el clamor de los hijos de Israel ha llegado hasta Mí y he visto además la opresión con que los egipcios los oprimen” (Ex. 3,1).

El primer polo de la paradoja hizo posible y necesario la bajada de Dios. Por otra parte el otro extremo de la paradoja. Esa realidad que trasciende nuestro yo finito porque es su fundamento y su fin, ese estar abiertos a lo más, esa condición claramente dinámica de cada secuencia de nuestra existencia, ¿no es, quizás, la immanencia profunda de ese Dios *profundísimo* que lo es precisamente por ser también *altísimo*, y desde lo profundo *nos llama* a superarnos, a salir de nosotros mismos para así realizarnos en nuestra existencia social y religioso, en nuestras dimensiones horizontal y vertical?

“Dijo Dios: Hagamos al hombre *a imagen nuestra, según nuestra semejanza...* Y creó Dios al hombre *a imagen suya: a imagen de Dios* le creó: macho y hembra los creó” (Gen. 1,26-27).

He oído decir más de una vez que fue el hombre quien creó a Dios a su imagen y semejanza. Es posible que el autor sagrado haya plasmado en este pasaje con la insistencia de la expresión: “a nuestra imagen”, el deseo secular del hombre de ser como dioses, de parecerse a Dios, de traerlo hasta nosotros. No lo sé. Pero lo que sí sé es que Dios, al llegar la plenitud de los tiempos, escuchó este deseo profundo del hombre y “el Verbo se hizo carne”, en todo igual a nosotros menos en el pecado.

Tenemos en lo hondo del ser la huella de Dios, huella que se traduce en la capacidad de amar sin tregua y sin confines, huella que nos mantiene siempre abiertos hacia el horizonte del Bien y de la Verdad, participando de una inmensa libertad que nos atrae. Ahora te podrá impresionar más aquella frase de Agustín: “Señor, nos hiciste para tí y nuestro corazón estará inquieto hasta que descanse en tí”. Es el grito consciente o inconsciente, temático o atemático, en el fondo poco importa, que todos los hombres, al igual que los hijos de Israel, hemos lanzado alguna vez:

“Como una cierva anhela por las fuentes
de agua, así mi alma anhela por Tí, oh Dios.
Mi alma tiene sed de Dios, del Dios vivo.
¿Cuándo llegaré y veré el rostro de Dios” (Salmo 41).

He aquí, de nuevo, *los dos extremos de la paradoja*, iluminados en el diálogo de Dios con el hombre. Diálogo que es posible gracias a la para-

doja, gracias a su *primer polo*, nuestra impotencia que atrae el "corazón" de Dios y provoca su amor en un misterioso acto de libertad. Y gracias a su *segundo polo*, la *huella*, la semejanza divina que, creándonos, quiso dejar plasmada en nosotros y que ahora nos permite reconocerle, responderle y amarle, porque Él nos amó primero y grabó en nosotros la capacidad de amar:

"...DIOS ES AMOR..." (1 Jn. 4,8).

(Continuará en el próximo número).